

Con motivo de las actividades de la población civil en los actuales momentos de la segunda Guerra Mundial, tanto por parte de los hombres como por la de las mujeres de Puerto Rico, viene a nuestra memoria lo que ocurrió aquí en San Juan en los calamitosos días de la anterior guerra, 1914-18. Con muy escasas excepciones, todos queríamos servir, ser útiles en la medida de nuestros esfuerzos y actividades; los de edad militar, con las armas en la mano, lo que pasabamos de la edad activa prestando esa ayuda efectiva en las Juntas de Inscripciones, y formando en las compañías de la Guardia Local (Home Guard) y, además, pronunciando discursos en los teatros y cinematógrafos por sólo 4 minutos sobre temas que tenían que ver con las actividades guerreras.

Las mujeres también servían y servían activamente. Se formaron grupos que se dedicaban a coser toda clase de ropa para los soldados, en preparar vendajes para los hospitales, en recibir enseñanza para casos de emergencia y en general la mujer puertorriqueña demostró como siempre su afán por cooperar con el hombre en la defensa del suelo común:

Pero contrastando con estas actividades beneficiosas, había un grupo que ponía todo su empeño en hacerle la vida amarga a la otra mitad de la gente humana, al hombre. Insignificante en número, pero enorme en proporciones de ideas malignas, era el tal grupo Dios las haya perdonado! se entretenían -llamemoslo así- en escribir anónimos al Gobernador, al Procurador General y al Fiscal de la Corte Federal denunciando a éste, aquel y al de mas allá de infidelidad matrimonial, de concurrir a ciertos sitios públicos llevando a mujeres que no eran sus suyas y, por último, a tener y sostener a otras mujeres que no eran sus esposas. Naturalmente, estos anónimos iban a parar al canasto de los papeles inútiles, ya que ninguna persona que ocupa un

puesto público toma por base para una acción simplemente una carta anónima. El que esto narra vió alguna de estos anónimos pues uno de los funcionarios a quienes se los enviaban tuvo la atención de mostrarnoslo. Estabamos entre las personas acusadas y casi todos los demás acusados pertenecían, como yo, al Partido Republicano Puertorriqueño. Lo ocurrente de esta campaña, era que al pié de cada anónimo, se decia que cartas similares habian sido enviadas fulano, mengano y perencejo y que si ninguno de esos autores hacia algo por remediar el mal, acudirían entonces a las autoridades de Washington, con la queja.

Así las cosas, en vista de que no se les hacia caso, las señoras anónimas o /anonimistas , decidieron unirse y formar una sociedad y convinieron en hacer las denuncias de una manera formal, firmándolas un número de ellas. Pertenecían todas a la mejor sociedad de San Juan y su sitio de reunión era uno de los aristocráticos centros sociales, según pudimos enterarnos de una manera fuente fidedigna. Eran todas señoras casadas y sus esposos se movian y estaban relacionados con buena gente. La que fungia de Directora o Presidenta habia sido en años anteriores una mujer muy atractiva, casquivana, que habia puesto en ridiculo a su marido en mas de una ocasión pero que ya en los años de la Guerra Mundial, se habia acogido, ostenciblemente a practicas religiosas ya que no era posible continuar en los devaneos de cuando era joven.

Nunca pudimos sospechar que esta buena señora pudiera tener el afán persecutivo que demostró en esos días.